

*Cancionero musical de Palacio* que encantaría a Lorca y Alberti entre tantos otros poetas. Poemillas breves llenos de intensidad poética, de auténtica tensión lírica. Blecua menciona algunos libros de música que incluyen canciones de esta época. Pero quizá habría que añadir aquí a los textos que el profesor Blecua cita, los volúmenes hoy inasequibles de la valiosa recopilación de Cejador, y los *Cantos populares españoles*, de Francisco Rodríguez Marín, editados por Atlas —reedición de 1981— que sí son hoy asequibles al lector moderno, con todo su inagotable valor lírico.

En definitiva, esta antología es un texto de indudable interés, en especial, como se ha dicho, para el público universitario, y en la que todavía se puede aprender a considerar la época del Siglo de Oro como un todo que hace coincidir muy diversas tendencias e inquietudes poéticas.

Actualmente, el profesor Blecua trabaja en la edición de las *Obras completas*, de don Juan Manuel, en curso de publicación por editorial Gredos, otro trabajo de primera importancia que aportará como legado histórico a nuestra literatura española clásica.—D. M. T.

## Riesgo y ventura de la novela llamada histórica \*

Riego y la Constitución, es decir, los anhelos pero también las contradicciones de los liberales frente, contra su voluntad, a Fernando VII, la intolerancia de la más negra de las reacciones y su largo brazo armado, internacionalmente armado, el de los Cien Mil Hijos de San Luis. O, en otras palabras, las dos Españas frente a frente. Y una de ellas, no hace falta insistir en cuál, aislada y abandonada a su suerte: triste suerte. Claro está.

Bajo la fórmula del diario íntimo, al hilo de su ominoso proceso, Riego reflexiona, impregnado su discurso de melancólica e inevitable amargura, sobre los últimos años de su vida: aquellos tres efímeros años del ingenuo trienio liberal que propiciase su valeroso levantamiento de Cabezas de San Juan, etapa absolutamente crucial no sólo para él, sino para todos los españoles, y no sólo para los de aquel período, también para los de la posteridad, pues el lamentable final de dicho episodio (derogación de la Constitución de Cádiz, reimplantación del poder absoluto, calvario del general liberal) marcó, en sus más penosas vertientes, el tortuoso desarrollo de nuestra historia política. Sin incurrir, por desgracia, en ninguna exageración puede afirmarse que aún permanece vigente el conflicto (el del afianzamiento de las libertades públicas) entonces tan mal resuelto.

Planteado así el tema, y considerando la personalidad del autor: incansable impulsor —en momentos nada propicios— de iniciativas culturales orientadas a recuperar las aportaciones de numerosos intelectuales marginados o, si se prefiere, derrotados (al igual que Riego) en su lucha por la libertad, planteado así el tema y considerada la personalidad del autor, decía, queda desvelada una de las claves

---

\* *El himno de Riego*, de José Esteban. Bibliotheca del Fénice, 18. Editorial Argos Vergara. Barcelona, 1984.

esenciales, el impulso motriz, de la obra. *El himno de Riego*, apariencias aparte, no es, o no es únicamente, una novela histórica; mejor aún: *El himno de Riego* es una novela que, por serlo, no responde a la simplista acepción arqueológica que, desde determinados sectores, suele atribuirse a tal expresión.

Lejos de ello, la novela que ahora nos ocupa constituye una reflexión, literariamente muy válida, en torno a sucesos que plantean una problemática de manifiesta actualidad. En calidad de rasgos sobresalientes del libro, junto a la minuciosidad y el cuidado de su escritura, hay que destacar un profundo conocimiento del personaje y de la época y, en especial, la clara conciencia, demostrada por el autor desde la práctica, de que el mundo novelesco, por importante que resulte su base documental, necesita trascender con audacia, si de verdad se pretende elaborar un texto con entidad narrativa, las obvias limitaciones de los datos verificables; lo cual excluye desde el principio la posibilidad (el pretexto) de enzarzarse en quisquillosas disputas, a las que tan impropia afición suelen mostrar supuestos eruditos que mantienen visiones patrimonialistas de la historia, acerca de minuciosidades o precisiones que una novela, si de veras lo es, de ninguna manera necesita o en torno a interpretaciones (audacias) que una novela, si de veras lo es, imprescindiblemente requiere. Y el Riego de esta obra, una novela en todas sus dimensiones, además de estar reconstruido en su peripecia histórica, se nos presenta como un personaje de carne y hueso, narrativamente real.

Riego, pues, los anhelos y las contradicciones de los liberales, la libertad y su más caro señuelo: la Constitución, frente al rey absoluto, tal vez frente al más despótico de todos los reyes absolutos de la época, y los Cien Mil Hijos de San Luis, el brazo armado de una de esas inoportunas Santas Alianzas que con tanta frecuencia se han encargado de alterar el curso de nuestra historia: Magnífico tema, no cabe duda, para una novela histórica, pero mejor todavía para basar en él un obra literaria, con el considerable trabajo de documentación que la empresa requiere, impulsada por unas opciones éticas y una concepción del género que, trascendiendo los elementales objetivos de la divulgación o la paráfrasis, escollos que han devenido insuperables para tantos y tan mal planteados intentos historicistas, supere el limitado ámbito de los especialistas, sin que esto suponga, antes al contrario, falta de rigor. Porque la novela histórica, si quiere tener actualidad, implica reinterpretar con estricta fidelidad documental de base, pero también a partir de una libre sensibilidad contemporánea, la significación de sucesos o personajes interesadamente olvidados. Lo demás, guste o no, viene a quedarse en frustrado remedio ensayístico, cuando no en vulgar catón para uso de escolares recalcitrantes.

Cuidadosamente construida, con un ritmo sosegado y clásico, remansada, amarga a ratos y melancólica casi siempre, profunda, sin concesiones a las extravagancias ni a los alardes estilísticos superfluos, esto es, dotada de la difícil sencillez de los buenos libros, el *Himno de Riego*, entre otras muchas cualidades, representa una buena oportunidad para conciliarse con un género, el narrativo, quizá demasiado dominado por la confusión durante los últimos tiempos. Se trata, por consiguiente, de una grata sorpresa. Amparándose en una clave histórica —amparándose y respetándola—, José Esteban ha escrito una novela de tremenda actualidad.—GONZALO SANTONJA (*Conde de Sepúlveda*, 1. SEGOVIA 40002).

## El Siglo de las Luces visto a contraluz \*

La profundización en cualquier ámbito supone una inevitable rotura de esquemas basados en la abstracción derivada de un conocimiento parcial de la realidad. Realidad que al dejar de ser observada unidimensionalmente revela siempre una riqueza de matices capaz de subvertir valoraciones asentadas. En el ámbito de la literatura, la investigación constantemente nos señala la existencia de aspectos o matices contradictorios que coexisten en una misma época, en un mismo autor e, incluso, en una misma obra. La pluralidad de enfoques nos permite constatar la complejidad que a menudo conlleva la manifestación literaria, complejidad que no debe ser resuelta bajo el efecto inmovilizador de un rótulo, de una catalogación cerrada.

Estas premisas se han cumplido perfectamente en gran parte de los trabajos que configuran la bibliografía dieciochista aparecida en los últimos años. Ello ha llevado a un replanteamiento radical de la imagen del denominado «Siglo de las Luces» que cada vez nos parece más parcial e insuficiente. No solamente porque hoy en día busquemos con bastantes elementos de juicio la siempre discutible entidad de esas Luces, sino porque simultáneamente dicha bibliografía nos descubre la existencia de aspectos inéditos que —siguiendo el juego metafórico— son capaces de constituir un contraluz o incluso la oscuridad más absoluta. Aspectos que emergen de una época plural y dialécticamente contradictoria como toda realidad social viva y que son recogidos —algunos de ellos, naturalmente— por Guillermo Carnero para iluminarnos *La cara oscura del Siglo de las Luces*. Obra que tiene su origen en las cuatro conferencias que el citado autor pronunció en la sede madrileña de la Fundación Juan March durante el pasado mes de febrero.

Si tenemos en cuenta lo manifestado anteriormente, no nos debe extrañar que Guillermo Carnero inicie la primera de las citadas conferencias —«La dualidad razón-emoción en la Estética y la Preceptiva literaria del siglo XVIII»— planteándose la entidad de un siglo excesivamente castigado por una historiografía mecanicista y rutinaria. El autor, desde una posición de sincera admiración por un período siempre sugerente para cualquier persona sensible, nos señala por el contrario la necesidad de observar el XVIII como un siglo «vivo, complejo y rico en su diversidad y sus contradicciones». Un siglo cuya literatura es analizada desde una dualidad dialéctica fundamental, la sustentada en unos polos que son, por una parte, la razón normativa y, por la otra, la emoción y la sensibilidad.

Guillermo Carnero, frente a la tendencia tradicional, se centra en el segundo de los polos citados dándonos «un recorrido por los diversos territorios de la irracionalidad dieciochesca» para presentarnos una dimensión que —a pesar de no ser inédita— se ha visto infravalorada hasta hace poco. Dimensión patente en todo el ámbito literario europeo y que constituye una de las caras oscuras de la época —no la única, desde luego, pues existen varias posibles dualidades dialécticas manteniendo el polo de la razón normativa— capaz de replantearnos la fluidez con que se entrecruzan dialécticamente estéticas distintas a lo largo de aquel período. Dimensión no sólo

---

\* Guillermo Carnero, *La cara oscura del Siglo de las Luces*, Madrid, Fundación Juan March-Castalia, 1983.